

CIERRO LOS OJOS

Y TE MIRO

CIERRO LOS OJOS Y TE MIRO

por

Elvira Aguilar



*F*ICTICIA

MÉXICO
2011

Este libro se realizó en parte con un apoyo de la XII Legislatura, 2008-2011,
del H. Congreso del Estado de Quintana Roo.

D.R. © Elvira Aguilar

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado editorial y foto de portada: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: enero de 2011

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-7693-29-1

Impreso y hecho en México

Para Camila y Juan

*Pues sabe que desde antes de Scherezada las ficciones
son un medio de postergar la sentencia de muerte.*

José Emilio Pacheco

PARA QUE NADIE TE OLVIDE, ESMERALDA

Quedó tendida a un lado de la cama mientras la luna se reflejaba viva sobre el charco de sangre que derramaron su pecho y sus entrañas. Entiendo que incluso de saber que el amor habría de llevarla a la perdición, de cualquier manera se hubiera enamorado.

Así era Esmeralda.

De pequeña la apodaron la Monita, porque mientras sus padres dormían la siesta, ella aprovechaba para treparse al árbol de caimito más alto y retacarse de fruta, para después ir al naranjo y terminar dormitando, vencida por el calor tropical, en una rama de mango, de la que bajaba entrada la noche.

Esto lo escuché de sus labios dos días antes de aquello. Había ido al consultorio de mi padre para que le extrajeran una muela. Estaba asustada. Se veía pálida y reía nerviosa.

—¿Duele mucho? ¿Duele mucho? —me preguntaba a cada rato, tronándose los dedos.

—No, Esme, no duele, es rápido. Además, mi papá tiene muy buena mano, ni lo vas a sentir —le respondía mientras pensaba que el tamaño de la jeringa de la anestesia, bien podría servir para inyectar a un camello.

Esmeralda tenía veintiséis años y yo ocho, pero en ese momento éramos dos niñas, una tratando de tranquilizar

a la otra. Para que no sintiera miedo, le sugerí que pensara en algo bonito o recordara alguna anécdota divertida, y fue así como me contó lo de su apodo, pero creo que no logró calmarse, porque mientras me relataba sus historias, se quitaba con los dientes el esmalte de las uñas, y los pedacitos de pintura humedecidos con saliva se le quedaban pegados en los labios y alrededor de la boca. Le pedí que no hiciera eso y me contestó que no importaba, que mañana o pasado iría a ver a la manicurista.

La ayudante de mi padre asomó la cabeza en la sala de espera y la llamó. De inmediato sentí sus dedos enterrándose en mi brazo y noté la frialdad de sus manos.

—Nos vemos, amiguita —me dijo y entró.

Yo me le quedé mirando a través del vidrio labrado de la puerta hasta que se diluyó el amarillo de su blusa. Esa fue la última vez que hablé con ella.

Durante todos estos años he vivido con la idea de reconstruir su historia, de recoger pedacitos y unirlos para tener de nuevo a Esmeralda, para sentirla cerca, para que todos la recuerden. Por eso viajé a Veracruz y busqué a Álvaro, pero por más esfuerzos que hicimos para que me ubicara, no me encontró en los archivos grises de su memoria. Entonces le dije que pensara en mí como una periodista deseosa de rescatar un pasado y traerlo al presente. Se encogió de hombros y comenzó a contarme:

—Sólo estuve dos semanas en la cárcel de Chetumal, aquel edificio viejo que estaba sobre la avenida Álvaro Obregón. No recuerdo lo que pasó. Puedo decir que lo sé porque me lo han contado. Cuando me enseñaron las fotos de ella, tomadas por los peritos, sentí lástima, la que se siente por cualquier persona.

»Mi madre llevó a mis hijos a verme a la cárcel. No reconocí a la más pequeña; pregunté quién era. Al principio tampoco recordaba a los mayores, pero después de escucharlos hablar, sus caritas volvieron a mi memoria.

»El Álvaro de ese tiempo no soy yo, es otro. Casi no tengo recuerdos anteriores a mi llegada a Veracruz, y no he tenido más mujer que mi esposa actual. Quiero a mis hijos porque aprendí a quererlos después de aquello. No guardo sentimientos ni buenos ni malos de lo vivido en Chetumal.

»Sólo estuve preso dos semanas. El abogado de mi madre hizo lo necesario para que me trasladaran acá, a Veracruz. Pasé tres meses en una clínica para enfermos mentales. Cuando salí empecé la vida que ahora tengo.

Nunca sabré si Álvaro realmente extravió a Esmeralda en algún rincón de su memoria, o si su enfermedad mental fue un ardid para evadir la aplicación de la ley o mantenerse impune del asesinato de la mujer que lo amó. Porque, ¿cómo olvidar a una mujer como ella?

Mi madre, varios años mayor, fue amiga y confidente de Esmeralda. Por eso le pedí que hablara:

—Conocí a Esmeralda el día que nació. La vi crecer, noviar y casarse. La recuerdo con su uniforme de tercer grado de secundaria: delgadita, delgadita. Usaba las calcetas chorreadas y zapatos Canadá. Álvaro iba por ella a la escuela y la acompañaba hasta su casa. Sus padres nunca miraron bien a este muchacho, hubieran preferido a un chetumaleño. Eme alegó que era nativo de estas tierras porque lo trajeron chiquito, pero sus papás nunca estuvieron convencidos.

»Esmeralda usaba las faldas muy cortas, aunque casi no tenía cuerpo para lucir. Sus piernas, de tan delgadas y

blancas, parecían dos chorritos de leche. Creo que lo mejor de ella eran su cara y su risa. Desde la esquina se le escuchaba, floreado en sus labios delicados que coloreaba de rosa pálido.

»Esme era muy inocente. No sé cómo decirlo: era transparente, bondadosa, inquieta, fresca. Si la tuviera que comparar con algo diría que era como un rosal cargado de color en pleno mes de mayo. Quizá sólo era como cualquier muchacha, con la alegría rebosante de los quince años.

»Se casó con Álvaro al terminar la secundaria. Estaba enamorada, y creo que él también, pero enseguida se mostró violento. Se fueron a Mérida de luna de miel y allá comenzó el maltrato. Un día, Álvaro la dejó encerrada en el cuarto del hotel sólo porque un taxista le sonrió, y ella, por cortesía, se atrevió a devolverle la sonrisa.

»Al regresar del viaje me visitó y me lo contó. En adelante, muchas veces la escuché sobre asuntos de este tipo, que consumían su vitalidad y la llenaban de tristeza. Incluso comenzó a verse mayor. Pero para mí seguía siendo una niña.

»Me consta que hizo lo posible para que sus padres no se enteraran de su situación conyugal, pero ellos se dieron cuenta. Esme vivió entre el susto y el miedo los diez años que estuvo casada. Una tarde me confió que dormía con una tijera bien afilada debajo de su almohada.

Mi madre no podía contener el llanto y la rabia cada vez que recordaba a Esmeralda. La quiso como a una hija. A ella le pedí que convenciera a los padres de Esme para que me permitieran entrevistarlos, pues en principio se habían negado. Mi mamá logró convencerlos y un lunes, temprano, me les presenté con la libreta de notas y mi grabadora. El primero en hablar fue su padre:

ÍNDICE

PARA QUE NADIE TE OLVIDE.....	11
EL DISCO DE MIS HERMANOS.....	23
EN EL NOMBRE DE MI SANTO.....	31
LA MAESTRA OBDULIA.....	49
UNA TARDE LLUVIOSA EN PARÍS.....	63
CIERRO LOS OJOS Y TE MIRO.....	69
ESE PÁJARO EXTRAÑO.....	83
RACIMOS DE FUEGO FATUO.....	95
EVA ESTÁ JUGANDO.....	107
REMAR A CUATRO BRAZOS.....	114
DE NATURALEZA BONDADOSA.....	125
UNA CAMA PARA MÍ.....	137
EL BENDITO DE LISBOA.....	147

«CIERRO LOS OJOS Y TE MIRO»

DE ELVIRA AGUILAR

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ENERO DE 2011 EN LOS TALLERES
DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES